

X PREMIS LA MAR DE LLETRES 2010

2n PREMI CLIMENT ROLLAN

LAS NIÑAS DE EL PINAR
de Montserrat Font Gasca

1949-1951

Auxilio de Invierno fue una organización fundada por Mercedes Sanz Bachiller el 30 de Octubre de 1936 con la idea de ayudar a las familias de economías débiles durante la Guerra Civil y la postguerra españolas. En noviembre de 1936, Pilar Primo de Rivera estableció el cuartel general nacional de la Sección Femenina de Falange en Salamanca, sin perder de vista a Mercedes Sanz, a la que consideraba su rival. En el Consejo Nacional de la Sección Femenina, celebrado en Salamanca y Valladolid entre el 6 y el 9 de enero de 1937, se anunció la incorporación oficial de Auxilio de Invierno, con el nombre de Auxilio Social, a la Falange Española, dejando a Mercedes Sanz como Delegado Provincial de la Sección Femenina. La fecha oficial de su nuevo nombre como Auxilio Social fue el 24 de Mayo de 1937.

En ese contexto, el día 2 de Julio de 1949, una niña de sólo 3 años y 11 meses llamada Montse fue alejada de su madre para ingresar en el Hogar llamado El Pinar de Auxilio Social, inaugurado el 30 de octubre de 1939. Hasta 1945 había sido Hogar para niños, y hasta 1961 lo sería para niñas; la separación de sexos era fundamental en Auxilio Social. Ese mismo día, un diario de Barcelona publicaba en la portada fotos frívolas¹, pero para Montse sería uno de los peores días de su vida.

¹ Ver Anexo 1

Para ingresar en el Hogar era preciso demostrar la orfandad, el abandono o la carencia de recursos económicos; el motivo del ingreso de Montse y su hermana, 3 años mayor, fue la necesidad económica. Hacía ya un tiempo que el padre había abandonado a la madre y a las dos niñas, dejándolas en una gran escasez económica. La madre, que era enfermera, tuvo que ponerse a trabajar sin tener a nadie que pudiera cuidar de sus hijas.

Montse ingresó sin idea de lo que afectaría a toda su vida aquel hecho y los años que allí pasaría. Estaba desconcertada, mirando atónita aquel edificio y no entendía nada de lo que pasaba ni por qué su madre las dejaba allí, sólo sabía que las tres lloraban cuando la madre se fue.

Situado en la montaña del Tibidabo, el Hogar disponía de varias salas habilitadas como habitaciones, con camas metálicas y colchones de paja; había otras salas que hacían las funciones de aulas y comedor, habitaciones para la directora y las maestras y una pequeña capilla. Tenía una entrada principal con un vestíbulo amplio y señorial y una escalera de mármol majestuosa; pero por esa entrada no tenían acceso las niñas, accedían por una puerta pequeña de hierro en la parte superior de la cual se leía "El Pinar".

A las habitaciones les pusieron nombres: la de las pequeñas, la de las medianas y la de las mayores, que correspondían a las edades de las, entre 75 y 100, niñas que había allí. A Montse, por su corta edad, naturalmente le tocó la habitación de las pequeñas y a su hermana la de las medianas.

La habitación de las pequeñas estaba en la parte más alta del edificio, era rectangular y el techo abuhardillado, con tres pequeños ventanales y sin persianas. Los días de tormenta las ventanas se volvían terroríficas: silbaba el viento, los truenos resonaban y los relámpagos parecía que quisieran traspasar los cristales e invadir el cuarto. Montse y las demás niñas, por el miedo que les tenían a las tormentas, se escondían debajo de las mantas.

1951-1954

En el edificio había un jardín con una explanada y una balconada desde donde se veía toda la ciudad de Barcelona. Allí, las niñas del Hogar pasaban horas y horas de recreo saltando a la comba, corriendo, jugando con un diávolo y jugando al diez •un juego con una pelota pequeña• y también les enseñaban danzas regionales, una de ellas era “La Titiritaina”. Otra distracción era que cada cierto tiempo subía una furgoneta, “La Rubia”, la misma que hacía el transporte del pan, con todo lo necesario para proyectar una película. Era una fiesta para las niñas, aunque las que estaban castigadas se quedaban sin cine.

Montse pasaba mucho tiempo mirando la ciudad, pero no por admirarla, sino porque sabía que en algún lugar estaba la única persona importante: su madre. La ciudad era un misterio ya que salían muy poco del Hogar. Sólo en ocasiones especiales como aquella en que Montse y su hermana fueron al bautizo de un primo, con el uniforme de Auxilio Social •un pichi azul marino, blusa blanca y boina azul• o con motivo de la fiesta de Auxilio Social que se celebraba el 30 de octubre conmemorando el día de su fundación; entonces, en el Teatro Tívoli hacían un festival y entregaban un premio a las niñas más obedientes; a Montse nunca le dieron ninguno.

De vez en cuando iban a la ciudad con mamá. Montse lo observaba todo y grababa en su mente lo que veía: edificios, cines, leía todos los letreros, caminaba dando saltos de lo contenta que estaba y creía que estaba soñando. Todo esto se desvanecía en cuanto llegaban a la Avda. del Tibidabo y subía al Tranvía Azul² que la llevaba a los pies de El Pinar. Sabía que allí se acababa la felicidad porque mamá se iba. El tranvía emitía unos

² Ver Anexo 2

sonidos peculiares: el ruido de las ruedas sobre las vías en las curvas y el “ding, ding” que hacía sonar el conductor para avisar de su paso a peatones y coches.

La pequeña aprendió muy profundamente a obedecer y a hacer todo lo que le mandaban, es decir, a ser muy buena para que no la castigaran y que todos la quisieran. Vivía con el temor del castigo, ya que el peor de todos era dejarla sin ver a su madre cuando iba al Hogar de visita, ella castigada en la explanada sabiendo que su hermana estaba con mamá, “saboreando” sus besos y cariños.

Montse llevaba trenzas y le pedía a su madre, a través de su hermana y mediante carta, ya que aún no sabía escribir, lazos de diferentes colores. Con el propósito de evitar plagas de piojos, les hacían un lavado de pelo exhaustivo: tres palanganas de zinc, en una el lavado, en otra el agua para aclarar y en la tercera agua con vinagre, siempre metiendo la cabeza entera en el agua de modo que les entraba por la boca. Otras veces les rociaban la cabeza con DDT y se la tapaban con un trapo todo el día, así no había piojos que se resistieran... Pero les dejaban llevar el pelo largo y con trenzas. En los hogares de niños, en cambio, les rapaban la cabeza al cero.

A las niñas que se hacían “pipí” en la cama, como castigo ejemplar, las hacían pasar por delante de las otras con la sábana mojada enrollada en la cabeza. Pasaban mucha vergüenza y además las hacían dormir en una habitación aparte que llamaban “la habitación de las meonas”.

A la hora del baño, en el edificio sin calefacción, todas las niñas tenían que pasar en fila, ya desnudas, hacia las duchas, que no tenían puertas para poder ser vigiladas por las guardadoras en todo momento.

Uno de los alimentos que les daban era carne de ballena, negra como el alquitrán, que soltaba un aceite también negro muy maloliente. Más que oler mal, apestaba. La

cocinaban con cebolla mal cortada y poco cocida. También les daban leche en polvo que nunca se deshacía del todo, siempre quedaban grumos pero se la tenían que beber a la fuerza, porque una de las frases repetidas por las guardadoras era “no se deja nada en el plato”. Estos alimentos los enviaban los EE.UU. como ayuda a Franco; aunque no estaban de acuerdo con su régimen, así obtenían a cambio permiso para instalar bases militares en territorio español.

Montse, que era muy lista y aplicada, a los 6 años se aprendió el catecismo de memoria, y esto contribuyó a que pudiese hacer la primera Comunión en la Basílica de Ntra. Sra. de la Merced el día 21 de junio de 1952³.

Tanto estas celebraciones como la fiesta de Auxilio Social, el 30 de octubre de cada año, eran notas destacadas en los periódicos franquistas ya que el servicio de propaganda del régimen era muy efectivo.

1954-1957

En el Hogar les enseñaron a leer, escribir, hacer las camas perfectas, coser, cantar, rezar, rezar, rezar mucho, mañana, tarde y noche. El “Ángel de la guarda”, “Jesusito de mi vida”, “Tres esquinitas tiene mi cama”, y todas las oraciones de la época. Hacer cola en silencio, silencio en el comedor, silencio en la cama, obedecer, obedecer, obedecer.

Les dieron educación y Montse salió con el ingreso de Bachillerato aprobado, pero también pasaron hambre, frío y falta de afecto.

Hubo un suceso que, a pesar del dolor físico, fue un bálsamo. Un día, jugando en la explanada que en el centro tenía un espacio asfaltado donde saltaban a la comba, tropezó

³ Ver Anexo 3

en un saliente con la rodilla derecha, de tal manera que se hizo un corte que le dejó colgando un trozo de piel con carne, toda la herida llena de piedras pequeñas y tierra y con mucha sangre. Le curaron la herida, pero como la madre de Montse era enfermera la llamaron para que viera a la niña y la curara. Aquellos fueron los días más felices, ya que como la herida era profunda y grande, cada dos días subía su mamá a curarla, y gracias a la caída la vio asiduamente. ¡Oh bendita herida!

Montse solo deseaba una cosa, y era sentirse querida por su madre: el único vínculo con el mundo real, el de fuera, si es que era el real... ya que ella tenía su realidad en el Hogar.

La madre de vez en cuando las llevaba a Capellades, un pueblo en la comarca de la Anoia, donde vivían los abuelos paternos, tíos y primos. Para Montse, ir allí era como ir al paraíso, se sentía acogida, querida y mimada, sobre todo por la yaya Leonor, madre de su padre, que llevaba una falda negra grande y larga con puntitos blancos. Se le sentaba encima, acogida entre sus brazos y era tocar el cielo de lo protegida que se sentía, le hubiera gustado sentir esos brazos las noches de tormenta.

Y llegó el día esperado y deseado, el 21 de Febrero de 1957, día en que mamá las fue a buscar y salieron del Hogar para siempre. Montse tenía 11 años, y las portadas de los periódicos continuaban siendo frívolas⁴.

No recuerda si dejó amigas, solo algunos nombres, pero sí que sabía que dejaba atrás unos años llenos de temor, desamor y soledad.

ACTUALIDAD

Montse, ya adulta, conserva recuerdos de los años pasados en El Pinar, como la cebolla mal cortada y medio cruda que tenía que comerse; como consecuencia de ello, casi

⁴ Ver Anexo 4

siempre tuesta tanto la cebolla cuando la fríe que parece quemada, para que no se parezca a la del Hogar. La siguen atemorizando los truenos y relámpagos, y cuando ve la cicatriz en la rodilla derecha recuerda con ternura que la herida le ayudó a ver más asiduamente a su madre.

En 1998, y después de superar muchas contradicciones, decidió buscar la manera de visitar El Pinar. Pero, ¿por dónde empezar? ¿dónde buscar? Fue su marido, que en todo momento la ayudó, quien consiguió el contacto y la visita a El Pinar. A Montse, le parecía imposible que se pudiera llegar a realizar la vuelta al lugar donde pasó tantos años. Habían pasado 42 desde su salida, y regresó acompañada de su marido y su hija de 29 años. Entró, esta vez sí, por la entrada principal, la reservada a las personalidades. Les salió a recibir el director actual del ente que hoy ocupa el edificio y un empleado del mismo, que fue quien les acompañó en el recorrido por las diversas estancias.

Aquel día iba a ser importante. Al entrar, empezó a revivir todos los momentos allí pasados. El edificio no parecía el mismo, totalmente restaurado, había recuperado la imagen señorial del año 1904, tanto en el exterior como en la decoración modernista del interior. La pequeña capilla se conserva como la recuerda, pero no las imágenes. En cada una de las salas por donde pasaban le venían a la memoria las experiencias pasadas allí, pero la que le causó escalofríos fue la entrada a la habitación abuhardillada donde pasó tanto miedo y tanto frío causados por las tormentas y la soledad. No pudiendo aguantar tantas emociones, las lágrimas salieron espontáneamente sin poder ni querer hacer nada por contenerlas. Pero la visita fue muy satisfactoria, sobre todo por haber tenido la valentía de volver a entrar allí.

Entonces se planteó la posibilidad de buscar niñas con las que hubiera convivido allí. Hacía 41 años que no sabía nada de sus compañeras, y se preguntaba dónde debían estar, como debían ser, era una incógnita que se propuso aclarar.

Cuando se prejubiló, empezó a tener tiempo para dedicarse a ello. Un día, en el año 2008, decidió escribir una carta a un periódico buscando a las niñas⁵. Se publicó, y ahí empezó la gran aventura. Unas redactoras de un programa de televisión leyeron la carta y les interesó el tema. Se pusieron en contacto con Montse, que les explicó su historia y su afán de encontrar niñas.

Fue un exorcismo poder expresar con toda libertad lo que llevaba en su interior. Después de varias entrevistas e indagaciones, decidieron hacer un documental del tema. Por su parte, las redactoras, buscando en archivos, encontraron un documental del No-Do del año 1956, en el cual se hacía un recorrido propagandístico por varios hogares de Auxilio Social, y aparecían imágenes del Hogar nº 1, como se denominaba a El Pinar. En las imágenes se veían niñas haciendo diferentes actividades del día en el Hogar, incluso bailando "La Titiritaina". Una de ellas llevaba la rodilla derecha vendada por una caída en la explanada. Cuando Montse vio el documental, se reconoció y revivió las emociones que habían estado tantos años latentes.

Y el "milagro" se produjo... La carta del periódico también fue leída por una de las niñas del Hogar que mantenía amistad con otras cuatro, y se pusieron en contacto con Montse, que se volvió loca de alegría. Concertaron una cita, las cinco, al final del Tranvía Azul, no podía ser en ningún otro sitio. Ese día, Montse estaba entusiasmada, nerviosa, inquieta y expectante. Fue como un regalo de Reyes. No se reconocieron, pero empezaron a contar sus experiencias y entonces sí, se identificaron como "Las niñas de El Pinar". Después de este encuentro, filmado por las cámaras de televisión para el documental, siguieron otros más, y a día de hoy son buenas amigas.

Con la ayuda de las niñas, Montse ha recuperado muchos recuerdos de la vida en el Hogar que le han servido para reconciliarse con su infancia y para entender su forma de

⁵ Ver Anexo 5

ser y su personalidad. Y para constatar que ningún niño puede crecer feliz sin abrazos y sin amor.

“La palabra progreso no tiene ningún sentido mientras haya niños infelices.”

Albert Einstein